

Belgrado: En busca de una identidad

EL presidente Tito, al inaugurar la Conferencia de Países No Alineados, con su voz serena y experimentada (es el único fundador vivo del movimiento que nació en 1955 en Bandung con el epígrafe de «Tercer Mundo» y bajo la frase «el despertar de los pueblos colonizados») habló de las presiones contra la unidad del movimiento, de la amenaza que las grandes potencias suponen para la paz y de la necesidad de mantenerse unidos contra las nuevas formas de «presencia colonial o de dependencias de bloques y dominación e influencias exteriores». Lo que el anciano estadista no podía decir en Belgrado ante los ministros de Asuntos Exteriores de más de ochenta países, supuestamente «no alineados», es que al citar esos «componentes conflictivos» que atentan contra la esencia del movimiento estaba en realidad haciendo la etiología de la enfermedad que corroe a los herederos del espíritu de Bandung: la falta de identidad, la dicotomía esencial entre el «deber-ser» y el «ser». Los países «no alineados» han de reconsiderar su esquema ideológico. ¿En qué consiste hoy día la no alineación? ¿Se puede hablar en puridad de ese concepto en un mundo crecientemente interrelacionado y en el que muchos de los países encuadrados en el movimiento hacen sus pinitos con intervenciones militares en terceros países?

A la próxima Sexta Cumbre de los No Alineados que ha de celebrarse el próximo año en La Habana habrán de ir los jefes de Estado y Gobierno de los países miembros con una idea menos romántica, más real, de su «no alineación» y del auténtico alcance de ese concepto. Tito condenó en su discurso al imperialismo y al hegemonismo en un reparto de censuras a norteamericanos y rusos (amén de terceros interpuestos, por ejemplo Cuba), así como al sectarismo o divisiones ideológicas «sin importar lo que esté detrás». Naturalmente, tras estas palabras asoma la oreja cubana y su concepto de «no alineación militante» y la intención de La Habana de hacerse con el buró político del movimiento y poner en cuestión incluso la alternativa operacional con la que se enfrentan los de Belgrado: hacer de la no-alineación un neutralismo activo que mantenga relaciones positivas con un modo concreto de desarrollo, capitalista o socialista, y con unas concepciones políticas contrarias a la carrera de armamentos, el apartheid y el imperialismo en cualquiera de sus facetas y dirigida hacia la consecución de una mayor democratización de las relaciones internacionales o el advenimiento de un nuevo orden económico mundial.

La intervención cubana en África, Sahara, Oriente Medio, Camboya y Vietnam, las actividades soviéticas y norteamericanas en África (bajo su propia bandera o a través de terceros) son los problemas, digamos, coyunturales, heredados por Belgrado de la recién clausurada cumbre de la OUA. Sin embargo, el movimiento tiene algo más importante y esencial por resolver que los conflictos antes citados para los cuales es completamente improbable que ni este movimiento ni conferencia internacional alguna tengan una mínima operatividad) y es el de encontrar su propia identidad, dar un contenido coherente y real al concepto bajo el cual desean englobarse, un adjetivo político a su unión y un vehículo ideológico que pueda admitir en su seno la disparidad de sus miembros. Difícil empeño sin duda. Un futuro imprevisible si añadimos a la dificultad de la tesitura la inexistencia de figuras políticas de la enjundia y calidad de las que fundaron el movimiento en los azarosos años en que «despertaban los pueblos colonizados».

Un deporte nacional

CUANDO advino la República, el país se dedicó apresuradamente a cambiar la nomenclatura de todas las calles y plazas que recordase, aunque fuese vagamente, patronímicos y fastos de una historia secular que había sido casi invariablemente monárquica. Cuando sobrevino la guerra civil acaeció otro tanto. Cuando concluyó ésta se repitió la tarea. Ahora, celosos entusiastas de las grandes revoluciones se están poniendo, en Barcelona principalmente, por su cuenta, a practicar tan

El mundo del «spray»

Los riesgos imperceptibles

ENTRE nosotros se habla todavía poco del asunto, pero ya hay países donde las autoridades han tomado medidas eficaces para atajar el peligro. Me refiero al uso de ese chisme tan difundido y de apariencia tan inocente que es el aerosol. Al parecer, tales atomizadores funcionan a base de un determinado gas carbónico clorofluorado que resulta finalmente agresivo para la capa de ozono que recubre la atmósfera terrestre. El ozono en cuestión absorbe gran parte de las radiaciones ultravioletas del sol y cualquier mengua de su consistencia comportaría graves perjuicios a la vida orgánica en nuestro planeta, incluyendo la nuestra personal. Por lo menos, así lo aseguran los expertos. De manera que, cuando las señoritas le lapan el pelo, o los caballeros hacen fluir espuma para afeitarse, y unas y otros se aplican el desodorante cotidiano, están cometiendo un atentado «ecológico» considerable. Y todo lo demás que no será necesario enumerar en términos exhaustivos: pinturas, matamoscas, perfumes, productos de limpieza doméstica... El mismísimo ecologista contestatario que inscribe su protesta en una pared contra las nucleares o la polución, y lo hace «spray» en mano, colabora a la deterioración del «medio».

¿Quién lo iba a pensar!, ¿no? Bien mirado, la mayoría de los vecinos, al cabo de la jornada, sólo se sirve de sus aerosoles durante unos ratitos, breves y sincopados. Quizá en ciertos empleos agrícolas —no sé— la cosa sea más aparatosa: la efusión de insecticidas, or ejemplo. Pero la verdad es que, hechas las cuentas, lo del cuarto de baño y lo del arreglo del hogar suponen mucho. A veces nos olvidamos de que las multitudes «civilizadas», partidarias de la higiene corporal, de la cosmética, de evitarse molestias hediondas, de tener su domicilio afectuosamente brillante, de asear su coche o de colocar un eslogan político en las calles, somos eso, «multitudes»: millones y millones, cantidades abrumadoras de millones de individuos simultáneos. La suma total, sin duda, justifica —o estimula— la alarma de los facultativos. Y, por añadidura, la tendencia es a valerle cada día de más «sprays»: cualquier televidente acusará la tentación. En este momento, las playas están atiborradas de personas que, para combinar el sol con los cuidados de la piel, utilizan atomizadores en aerosol: afligen la cubierta de ozono, y a la larga, si los técnicos no yerran, saldrán ulceradas. Es lo que se ve venir.

Lo importante es que el problema no se limita a los aerosoles. Nos hemos acostumbrado a innumerables comodidades, pequeñas, nada desdeñables en su incidencia sobre nuestras rutinas, y que creemos inocuas. Poco a poco, casi sin darnos cuenta, asumimos comportamientos y objetos que, a primera vista,

más que nocivos, se dirían salubres. En eso de la «salud», sobre todo, nos hemos excedido. Antes, los alimentos, las medicinas, las golosinas, eran vendidos de un modo escasamente «aséptico». En mi infancia, las carnicerías, las panaderías, las confiterías —es un caso—, se aprovechaban del papel de periódicos, o de un ya abolido papel de estraza, para hacer sus envoltorios. La manipulación de los materiales se hacía con los dedos, a menudo sucios. Hoy, se procura el consumo de papeles especializados, de bolsas de plástico, de vidrios o latas esterilizadas. Con ello nos ahorramos cantidades insignificantes de microbios, desde luego. La contrapartida es, inmediata, la basura. Y se trata de una basura muy especial. En volumen ya lo es, y no importa demasiado, a efectos prácticos. Pero en «calidad»... Son residuos «contaminantes». ¡Y tanto!

No sólo son las basuras estrictas. Es el coche utilitario, y el avión, y las centrales energéticas, y todas las fábricas... ¡Dichosos los tiempos en que los únicos humos deplorables eran los de las cocinas y del tabaco! No hay que añorarlos: eran, a su vez, tiempos de epidemias, de dolores de muelas apenas mitigados con tisanas, de hospitales inhóspitos. Y de hambres sistemáticas. Pero los humos actuales constituyen una novedad que hay que armostrar. Cuando uno toma una aspirina no suele ser consciente de todo lo que implica este benéfico analgésico: laboratorios, instalaciones fabriles, obreros, consejos de administración, transportes urbanos públicos y privados, oficinas, banca y bolsa, conserjes, lucha de clases, publicidad, seguros, más oficinas, más petróleo, refineries, pozos, arabes, guerras, parásitos indefinidos de burocracia y de diplomacia, tenderos, facturas por quintuplicado... La «polución» del «ambiente» es automática, pavorosa, compleja. No se necesita un gran esfuerzo para imaginar lo que hay detrás de cada real o presunto ofrecimiento benefactor que presenta la sociedad industrial. Pero ¿quién, nacido y nutrido en el seno del industrialismo, o ingresado en él por inmigración, renunciará a las «bondades» del sistema?

Que «bondades» son, en definitiva. Si, como han hecho en Suecia —eso dicen—, se suprimen de la noche a la mañana los aerosoles, el desconcierto de la ciudadanía sería fenomenal. Los muchachos y las muchachas tendrían la mórbida sospecha de oler mal, no habría forma de esquivar pulgas, mosquitos o cucarachas, los pelos de la gente encontrarían dificultades para su proyección erótica, los muebles quedarían sucios, los partidos extraparlamentarios enmudecerían, las plagas del campo serían incontables, el afeitado diario se convertiría en otra cuestión... El mun-

do del «spray» no sólo es un enorme tinglado económico, notoriamente multinacional, sino un hábito modesto, de la población subalterna, que intenta sobrevivir con los recursos que ponen a su alcance. La supresión oficial de los aerosoles —científicamente calificados como nocivos— produciría un colapso en las familias que se considerarían devueltas a la Edad Media o incluso al Paleolítico Superior. Si se hiciera de repente, claro está.

Lo razonable sería que se explicase al personal los riesgos que corre en su comportamiento diario. Los otros riesgos, los escandalosos, son fáciles de inculcar: los nucleares, la mortandad de peces o de pájaros, los ríos y los lagos «muertos», el aire de las ciudades, la vegetación agostada por la desidia colectiva, los residuos, los humos, los eternos humos... Pero un aerosol... ¿A quién se le ocurriría imaginar que el afable «spray» sea un atentado contra el Ozono, es decir, contra la Naturaleza? Uno aprieta el resorte, y surge un chorro de partículas ingeniosamente útiles. El gas carbónico clorofluorado no entra en el cálculo. Ni el ozono protector. Conviendría que nos explicasen, pedagógicamente, estas posibilidades. Y que nos proporcionasen unas alternativas, en principio, «Ellos». Nosotros, los consumidores, necesitamos una «instrucción». Las amenazas «imperceptibles» —como el aerosol, sin ir más lejos— no las llegamos a comprender. Pero, además, se impone que nos digan con qué hemos de suplir el «spray» eficiente.

A mí, particularmente, me sobrecoge más —me sobrecoge, sin más— la tenebrosa expectativa de que, disminuido el ozono, proliferen los cánceres de piel, que no que se extingan unas especies de pejaritos, de carpas o de matorrales. Mi acuerdo con los «ecologistas» empieza y termina con los cuidados primordiales que dediquen al hombre: a la especie humana. Que se acaben los quebrantahuesos o los rinocerontes es algo que me tiene sin cuidado. No hemos venido a este mundo a contemplar bestias insignes, divertidas o exóticas. Lo que nos apremia, como especie —como «especie»—, es ir tirando; sobrevivir. Si los «ecólogos» y dejo a un lado a los «ecologistas», no ponen como protagonista de sus estudios al hombre —y, se entiende, al hombre que, como ellos, emplea aerosoles—, su «ciencia» carecerá de sentido. Y el hombre, con aerosoles o sin aerosoles, es la finalidad del hombre. Lo dijo Marx. Y mucho me temo que hasta lo dijese santo Tomás de Aquino, teológicamente... La anécdota del «spray», que no es única, incita a meditar. Insisto, ante el aerosol funesto pero imprescindible, ¿qué hacer?

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

LUIS DE REQUESENS Y EL PALAU MENOR

Señor Director:
Leídas las cartas de los señores Ros Turner, Tort Mensa y Coplas Batlle (25 de junio, 2 v. 14 de julio), coincido, en parte, con los tres. Como el primero y el tercero, creo que el héroe de Lepanto nació en Barcelona y a los historiadores tan certeramente citados por don Isidro Coplas, añado que ya en 1583 Pere Joan Comes opinó lo mismo en su «Llibre de casses assenyalades». Admito, con el señor Tort, que Carlos I de España no pernoctó nunca en el Palau Menor, pues el 5 de marzo de 1519, al convocar el Capítulo del Toison de Oro, según testimonio documental «salí a eso de las tres de la tarde de la calle Ancha». Se trataba de un viejo palacio que habitó Juan I (1350-1395), cerca de la plaza de Medinaceli.

En cuanto al Palau Menor, don Antonio de Bofarull, de la Real Academia de Buenas Letras y archivero de la Corona de Aragón, en su «Guía-Cicerone de Barcelona» (1855), afirma que Carlos V cedió el Palau a los Requesens el 8 de agosto de 1542, o sea, 14 años después del nacimiento de don Luis. Si éste nació en el mismo, sería entonces residencia de sus padres, pero no en propiedad...

El Palau Menor tuvo distintos nombres, algunos perpetuados por las calles que lo rodean. Los Templarios adquirieron el 23 de abril de 1133 a don Raymond Bernardo de Maçanet el terreno en que construyeron su sede en Barcelona, que extinguida la Orden, pasó a la de Malta y sucesivamente, al Cabildo de Vich, a

don Pedro el Ceremonioso (que remozó el palacio y murió en el mismo en 1387); a la reina Margarita, esposa de Martín el Humano, que instaló en el huerto una casa de fieras, motivando la desaparición de «Bajada de los Leones». Ya en el siglo XVI y después de los Requesens, poseyeron el palacio los marqueses de los Vélez, el marqués de Villafranca, la condesa de Sobradell (nombre de una calle contigua al edificio)... y no olvidemos la de Ataufo, donde se halla la capilla, único resto del Palau Menor, confiada actualmente a los PP. Jesuitas. Y es que el primer rey visigodo de España eligió a Barcelona como su corte (412-415) y habitó posiblemente con su esposa Gala Placidia en aquel recinto, donde fue asesinado dos años después.

Manuel R. de LLAUDER

UNA QUEJA SOBRE LA CRUZ ROJA

Señor Director:
Deseo formular una queja sobre la Cruz Roja. El hecho es lamentable. El día 19 de junio a las 19 horas fue solicitada una ambulancia por el médico de la Seguridad Social de Ciudad Badia. El cuadro clínico que presenta el paciente es un posible infarto de miocardio con graves problemas respiratorios. La ambulancia llega del puesto que está situado en la carretera nacional 152. Hasta aquí todo correcto. El drama surge cuando mi madre que acompañaba a mi padre, que era la persona afectada por la dolencia solicitada le sea aplicado oxígeno, pues sufría continuas convulsiones por las citadas dificultades res-

piratorias. Pero resulta que la que va instalada en la ambulancia está agotada. Entonces deciden parar en el puesto que la Cruz Roja tiene en el mencionado cruce. Cambian la botella de oxígeno. Continúa la marcha la ambulancia pero esta otra botella de oxígeno está averiada o agotada también. Es fácil de imaginar el drama que se origina. Mi madre solicita ayuda de uno de los sanitarios para efectuar respiración artificial o masaje cardíaco, pero nada. Sólo se limitan a decirle que siga haciendo lo como lo hace, que va bien. Los dos soldados de la Cruz Roja viajan en la parte delantera y ninguno se dignó ayudar a mi madre. La conclusión es que mi padre falleció en el trayecto.

Espero que esta queja, por un hecho ya irreparable, sirva al menos para evitar que otro ser humano sea arrancado de la vida por negligencias tan graves.

Antonio PEREZ BEJAR

LOS PADRES, COMO EDUCADORES

Señor Director:
En el programa de TVE «Escuela de Salud» se han vertido críticas más o menos explícitas a la gestión de los padres como educadores de sus hijos, pues se ha subrayado la «alarmante» ausencia de libertad que padecen nuestros hijos en lo que concierne a su vida, dándose el caso de la extrañeza del presentador al responderle una de las chicas encuestadas que sus padres se sorprendían si deseaba salir con muchachos de su edad. Todo es sintomático, ya que estamos llegando a cotas en

todo es permisible si se denigra lo pasado, si tiene un aire de «innovación», con lo que se hecha por tierra la ardua tarea que habían llevado a cabo los maestros en aras de una protección a los valores que siempre han prevalecido —o debido prevalecer— en el ánimo de toda persona que se precie de ello...

En fin, el tiempo nos dará la razón, y se verá cuan acertados eran los negros presagios de los que nos han anticipado ya el frustrante y desalentador final que tendrá nuestra pobre juventud, que anda en busca de una tierra de promisión que no encontrará en ninguna parte, puesto que sólo existe en su inexistente imaginación.

Confío que la lectura de estas líneas ayude a despertar alguna conciencia adormecida por los actuales mitos.

V. A. Z. (Igualada)

TOTALITARISMO SOVIETICO

Señor Director:
El desenlace del reciente proceso llevado a cabo en Moscú contra varios disidentes no me ha sorprendido en absoluto, ya que el cinismo y el desprecio a la dignidad humana son elementos imprescindibles para la supervivencia del comunismo. Sin embargo, pienso que el aspecto más significativo que se deduce de todo ello es la intolerancia, signo de debilidad e inmadurez, con lo cual resulta evidente que los 60 años de totalitarismo en la Unión Soviética, no han dado resultados demasiado boyantes. Pedro BOSCH

hermoso deporte. A primeros de este mes de julio, unos vecinos de Pueblo Nuevo decidieron cambiar el nombre de la plaza de San Bernat Calbó y superponerle el de plaza de la Libertad de Expresión. El día 5, «La Vanguardia» comentó editorialmente el desaguisado. En la madrugada de ayer, un esforzado grupo de los «Consells Populars de Cultura Catalana» de los barrios de San Antonio y de la izquierda del ensanche pegaron sobre los rótulos que rezan «Avenida de José Antonio Primo de Rivera», otros de cartón con la denominación de «Gran Vía de les Corts Catalanes». Que conste que es el segundo intento.

Por lo visto, no tenemos remedio. En nombre de una presunta «voluntad popular» se hacen mangas y capirotos en aplicación absurda del demencial axioma de que la democracia consiste en que cada cual haga lo que le dé la gana. Y henos aquí, una vez más, predicando obviedades: está acordado con el Ayuntamiento que deben cambiarse nombres de vías urbanas, pero con buen criterio y procurando no caer de nuevo en la explotación de circunstancias políticas; ha de buscarse nombres que duren siempre. Pero, con serlo, no es eso lo más importante. ¿Han pensado los autores de la iniciativa cuánto dinero va a costar a las empolvadas arcas mu-

nicipales —y por tanto al flácido bolsillo del ciudadano— la operación completa de rebautizaje? ¿Han pensado los enormes trastornos y costos que la modificación exigirá de empresas y particulares? No, seguramente no lo han pensado, quizá porque eso de pensar sigue siendo para muchos una funesta manía, como así dijo otro gran demócrata de la historia nacional.

En fin, un poco de calma. Demos tiempo al tiempo. Si las cosas no se tuercen, la abrumadora misión colectiva que nos corresponde se llevará a cabo. Pero no parece razonable empezar por el cambio de los rótulos de las calles.